

# Don Carlos Jiménez Díaz y la Bioquímica Española (1)

---

Por Federico MAYOR

Don Carlos Jiménez Díaz estaba profundamente convencido de la importancia, en el diagnóstico y en el pronóstico, de las bases moleculares de la salud y de la enfermedad. Se ha descrito ya el relevante papel que jugó don Carlos en unos momentos —próximos y distantes a la vez— que tanto han condicionado el vigoroso desarrollo ulterior de la bioquímica española. Por esta razón, yo me limitaré a presentaros algunos recuerdos, porque no hay voz que supere a la vida misma, a la propia memoria. Voy a recorrer, a descorrer ante vosotros algunas impresiones —impresiones, sí, porque era impresionante, pero cercano, pero afable— de quien tuvo ocasión de conocer, en su condición de aprendiz de bioquímico (entonces como ahora) la pasión científica de don Carlos, pasión y convicción en las que, a mi entender, se condensaba la esencia de su personalidad médica; dirección hacia la que tendía su mayor esfuerzo y, muy posiblemente, cima, inalcanzada por inalcanzable, de sus sueños más despiertos.

Santander, 1961. Ochoa, con el Premio Nobel todavía reciente, llega al Palacio de la Magdalena para asistir a la Primera Reunión de Bioquímicos Españoles (bioquímicos españoles a cuyo crecimiento, cuali y cuantitativo, tanto contribuiría el impulso y el prestigio personal de Ochoa). Don Carlos ha acudido a la primera reunión, como lo hizo a todas hasta su muerte.

---

(1) Se conmemora este año el XXV aniversario de la Fundación Jiménez Díaz. Con este motivo, el Profesor Mayor Zaragoza, Director General Adjunto de la UNESCO, nos ofrece su contribución que comprende el discurso pronunciado en la Clínica de la Concepción, en el acto de celebración del XX aniversario de la Fundación, (N. de la R.).

Don Carlos —¿os dais cuenta, por cierto, de que el «don» constituye, a la vez, el tratamiento más extenso y más selecto, el más honorífico?... porque, ¡qué pocos «dones» tienen nombre propio, como don Miguel, don Santiago, don Carlos!...; pasa como con el título de maestro, denominación preciosa de la enseñanza primaria que luego tan pocos profesores logran alcanzar...)—, don Carlos, os contaba, no se perdió ni una sola comunicación, ni una. Recuerdo mi intervención, de principiante, sobre metabolismo del 4-aminobutirato. No era fácil explicarse bien, porque la audiencia era poca en número pero alta en méritos. Más difícil todavía fue contestar a las preguntas que, muy atinadamente, me formuló don Carlos. ¿Cómo era posible que conociera también y tan bien el metabolismo del 4-aminobutirato? Su memoria, su capacidad de trabajo. Esto sobre todo, porque, como ha escrito Maugham, «lo que da carácter al auténtico genio es su infinita capacidad de trabajo». El secreto estaba en que, don Carlos, recibía y leía, entre otros, el *Journal of Biological Chemistry* desde su época de recién graduado. Aquel secreto, como el de haber hecho posible esta gozosa realidad que hoy conmemoramos, radica, como él mismo escribió hace diez años, «en que la fuerza de impulsión ha estado en la sinceridad del deseo que nos ha movido con incansable tenacidad»...

En 1963, se constituye en Santiago de Compostela la Sociedad Española de Bioquímica. Cuatro años más tarde, en atención al relevante estímulo y contribución prestados al desarrollo de la Bioquímica Española, me cabe la satisfacción de hacerle entrega, en el Congreso de Granada, del título de socio de honor, en la compañía de Carl Cori, Severo Ochoa y Luis Leloir. Tuvo que entrar en el paraninfo apoyado en mi brazo, quebrantada ya su salud. Sin perder su temple, su talante, su sonrisa.

Durante aquellos días, tuve ocasión de conversar extensamente con don Carlos. Recuerdo especialmente una tarde, en el Carmen de los Mártires, en el recinto de la Alhambra, mientras más abajo, en los jardines por cuyas escaleras de acceso no era prudente —ni posible seguramente— que don Carlos se aventurara, se celebraba una recepción. Le conté los trabajos que estaba realizando entonces en Oxford en el laboratorio del profesor Hans Krebs. Y no olvidaré jamás su recomendación: «no pierda nunca de vista, desde el laboratorio, desde su trabajo en aspectos muy especializados de la bioquímica, que lo que importa es, a la postre, la salud del hombre».

Don Carlos influyó, pues, en mi formación como en la de muchos jóvenes y menos jóvenes que trabajábamos en ciencias conexas con la medicina, en la que fue maestro de maestros. Vinculaciones familiares con uno de sus discípulos y de amistad con otros muchos me permitieron conocer entonces y retener desde entonces su arrolladora capacidad magistral. Aquella capacidad que le permitió «crear —son sus propias palabras— una institución donde se hiciera investigación científica y clínica y los enfermos fueran estudiados y tratados satisfactoriamente». Una institución que, como su libro de 1965 sobre la Fundación, dedica «a los que han sido mis compañeros y colaboradores de hoy y sucesores de mañana».

Don Carlos nos dejó —dejó a España, a los hombres de hoy— este amplio fruto de su dedicación; este edificio y estos medios; estos continuadores, sobre todo, de su obra. Pero don Carlos nos legó, por encima de todo, su gran ejemplo. Este ejemplo que se desgrana en la meritísima labor asistencial, docente e investigadora que la Fundación realiza y que se refleja en las densas memorias anuales; este ejemplo de saber soñar y seguir los más altos ideales sin dejar de tocar los pies al suelo; el ejemplo del saber ofrecer su sonrisa a los que han perdido la suya; el ejemplo de trabajar incansablemente para aliviar a los demás, a sus enfermos (personas, no individuos y, además, personas «pobres», porque pobre es todo aquel que sufre); el ejemplo del maestro en actitud permanente de búsqueda de los motivos íntimos de la alteración patológica, de reflexión sobre la etiología, es decir, sobre la causa...

Al evocar a don Carlos, al contemplar su obra, nos sentimos ascender la confianza, nos sentimos más fuertes, más capaces. Como yo me sentí aquel atardecer, en el Carmen de los Mártires de Granada, hablando rato y rato de muchas cosas, de lo divino y de lo humano. Más fuerte y más capaces con su ejemplo, como homenaje a su memoria, de gran hombre, porque a don Carlos puede aplicársele idóneamente la certera frase de que «los grandes hombres no son aquellos a cuyo lado los demás se sienten pequeños, sino aquellos a cuyo lado todos se sienten grandes».